

De día, bajo el sol, la ciudad suda. Se ve pobre, sentimental, lejana. Su cadencia oriental y el frenesí americano lo envuelve todo, mezcla todo: las peleas de gallos y los McDonald, la semana santa y el béisbol, los telepredicadores y las misses, la comida china y la fabada, barrios residenciales y chabolas; un popurrí que nos deslumbra y nos seduce. El tráfico es convulsivo, frenético, endiablado, las incontables almas que la habitan están todas en movimiento y el perímetro que ocupa la ciudad se extiende por barrios infinitos como un cáncer. Aquí se siente latir con fuerza un capitalismo despiadado. La desigualdad es extrema, su pobreza mayoritaria y, para que nada falte, corrupta y clasista a más no poder, vive llena de afanes, sueños, ansias y fracasos. Gente amable, complaciente, resignada, también orgullosa y católica a rabiar. Hablan tagalo, un idioma que proviene del malayo, aunque piensan en inglés. La colonización española se nota en pocas cosas, algunas palabras castellanas las emplean popularmente. Si se le dice al taxista: 'derecho', no se desvía. Paciencia se dice 'pasenya' y los números hasta el doce o trece los cuentan en español. Los sentí próximos. Los latinos de Asia. Sus nombres son sonoros, Toto, Christian, Edgar, Flor Linda y sus apellidos castizos. Cuando les decía el mío, se asombraban de que tuviese un apellido tan filipino.

De noche la ciudad es oscura, mal iluminada y llena de recovecos. Fascina y conmueve. Tiene algo de inquietante, de arrabal infinito. Duermo poco y veo amanecer con frecuencia. Vivimos días febriles, caminamos a ciegas sin saber que encontraremos tras la próxima esquina. Manila nos conmueve. Un latente desconcierto nos atrapa. Ciudad repleta de armas y uniformes; en cada local o esquina hay un policía armado y los centros comerciales tienen en el sótano una galería de tiro para desfogarse y una gran capilla para que los clientes recen el Ángelus. En el piso superior... ¡Bingo! Creen en el azar, y a todo juegan y apuestan con devoción, pues lo divino y lo mágico no les es extraño. Metrópoli fascinante en las manos de Dios. Manila puede cambiar nuestros papeles. No es difícil aquí tirar todo por la borda, perderse, reconstruirse o enamorarse. Cualquier cosa es posible. El trópico y sus fluidos, enamorados de la moda juvenil. El delirio se siente en el aire. Nos movemos y anhelamos.

En Malate, un viejo salón de baile para mujeres que buscan compañía se anuncia a la calle en un viejo luminoso que lleva silueteada en negro una pareja que danza y, en

letras rojas, la palabra 'Tango'. Tras otra puerta, en la calle Burgos, treinta señoritas con bikini de flecos se mueven al son de la música y excitan a sus posibles clientes. Una Rosa Linda apoya en mí su culo y demuestra que puede ser muy diestra. En el barrio financiero, 'Ayala City', hay un bar de bikers, su propietario, Jerry, nos lleva una noche al local del moto club, hay una fiesta. Otro día, nos introduce en un colegio de huérfanos. Ricky toma fotos, lo hace con rapidez, seguro de sí mismo. Me asombra. Le he visto en un ascensor rodeado por doce o trece orientales subir la cámara a los ojos y tirar sobre ellos con flash. Me sonrío como un pajarito después de atrapar la imagen. Fumamos porros. Comemos gambones, grandes como bocadillos de chorizo. Visitamos el zoológico y seguimos desorientados. La presión se fragmenta. Fotos... Acudimos a una manifestación de opereta. Vemos imágenes de los difuntos en las lápidas del cementerio chino y Ricky me retrata sin camisa por los pasillos del hotel. El aire acondicionado, presente en todos los sitios, irrita, y en la calle sudas o te mojas. Cuando llegan las lluvias, su luz se vuelve plomiza y a ratos, como no podía ser menos, llueve con ganas. Saltando de charco en charco, avanzamos y protegemos las cámaras bajo nuestras empapadas camisas. Para atravesar algunas calles debemos remangarnos el pantalón y, protegidos los pies con chancletas, caminamos en un agua turbia y negra que llega a las pantorrillas sin ver donde coño pisamos. El tráfico se vuelve entonces una odisea, toda una quimera, al rato, los 'rickshaw' y las bicicletas son el único medio de locomoción fiable. Frenesí.

Hemos visto el amanecer desde una torre de más de 39 plantas y jugado al escondite en callejones que no auguraban nada bueno. Hemos ganado a amigos, bailado y reído. Sus mujeres son guapas, menudas, trabajadoras y, por la cantidad de niños que se ve por todas partes, muy fecundas. Manila se deja querer. Nos seduce. Crece hacia las nubes o sobre la basura ganando terreno al mar. Indolente, mira a su cielo cubierto de cables. Arañas negras. Da pavor pensar que pasará cuando llegue "El Tifón"... deben pensar como yo: Dios está cerca. Los problemas son miles, las infraestructuras malas y aun así, funciona. 'Pasensya'. Ricky está trabajando y tengo la sensación que cuando lo hace da siempre un paso al frente. Sale de la cárcel y entra en un gimnasio, se programa y fluye. Ha gastado un montón de carretes, mañana consumirá más. Buen rollito, melodía de arrabal y un jacuzzi tropical. Manila es un tango. ¿Cómo no sentirse cómodo en ella?, se acopla a nuestro ritmo, ¡un arrebató! Llegar son veinticuatro

horas de avión, los siete mares y sin embargo no encontramos silencio. Los ejes de mi carreta nunca los voy a engrasar; Ricky tampoco, y a los filipinos les gusta que suene ¡Pa'que los van a engrasar!

Manila, horizonte cercano, pena con su cruz a cuestas. Manila, desconcertante, donde una familia de ratas asoma su cabeza con soberbia para vernos pasar y un escaparate iluminado por neón verde muestra trajes de primera comunión ajados. Manila con sus mil esquinas pletóricas de vida. Manila moderna, aunque su Metropolitan Museum sea un churro, porque lo valioso lo tienen ambulante en los 'jeepneys'. Manila desconocida, eterna, estigmatizada, bullanguera, deseada... a ti vuelvo en las fotos de mi amigo. Tu rostro se hace presente, lo revivo. Qué candorosa mirada la mía, que visión más certera la de Ricky. Los tres, la ciudad y nosotros, somos unos ingenuos; como suele decirse, unos lilas. La música sigue sonando y Manila se afana inquieta. La veo insomne amanecer de nuevo. ¡Tiemblo! Amo a esta ciudad como amo a una mujer. Aquí está, poseída. Atrapada. Estas fotos son su cadencia.

La muerte que espera es lo único cierto. Mientras llega, para seguir viviendo, retornaré algún día y seguiré mirando desde su puerto, reptar sobre mi estomago, el viento marino que nos atormenta. Miel sobre hojuelas. Ansiedad. Búsqueda. Desazón. Locura. Qué dices, Ricky. ¿Volvemos?

Alberto García-Alix